



RAFAEL SÁNCHEZ SAUS

Director del Congreso Católicos y
Vida Pública.

Buenos días a todos.

Querido don Antonio, excelentísimo y reverendísimo señor Cardenal, presidente, queridos amigos, propagandistas, miembros del Consejo Nacional, querida rectora, vamos a dar comienzo al acto de presentación del vigésimo quinto Congreso Católicos y Vida Pública.

Como saben muy bien, pues este acto tiene el objetivo doble, por una parte, de ser una especie de llamamiento previo, una especie de primera campanada en relación con los objetivos y con el momento que significa el vigésimo quinto congreso, cada año el congreso que corresponda. Pero también tiene otra significación que a mí me gusta resaltar y que entiendo más profunda. Intenta ser también el momento en el que un pastor, alguien con autoridad y capacidad de la Iglesia, nos marque algunas pautas sobre lo que tendría que ser también ese congreso desde un punto de vista espiritual. Porque en el congreso hacemos muchas cosas, y hacemos tantas cosas que a veces nos perdemos en la barahúnda de cosas, talleres, conferencias, mesas redondas, esto, nuestras comidas, encuentros de todo tipo. Pero yo creo que hoy también es un día un poco para la reflexión previa que nos permite encauzar lo que queremos ya desde ahora que sea el congreso. Por eso a mí me gusta, y lo he intentado siempre, que esta sesión sea encomendada a una figura eclesiástica que, al mismo tiempo, pues tenga esa capacidad, podríamos decir de pastor y de maestro espiritual, para darnos esa dimensión del congreso.

Este año es un congreso especial, es el vigésimo quinto congreso, y por eso, al mismo tiempo que requeríamos de esa personalidad eclesiástica que he mencionado, creíamos que era importante recurrir también a quien pudiera hablarnos de los orígenes de esta iniciativa cristiana que es el Congreso de Católicos y Vida Pública, de su desarrollo, de sus logros y también de sus expectativas de futuro, por lo menos desde la perspectiva de un pastor de la Iglesia católica. Lo que la Iglesia espera, ha esperado y espera de la acción de los laicos en la sociedad.

Bien, pues yo entiendo que pocas personalidades, tal vez ninguna otra de la Iglesia española, podría iluminarnos más sobre estas cuestiones que don Antonio María Roco Varela, quien, evidentemente, todos sabemos, fuera cardenal, arzobispo de Madrid, presidente de la Conferencia Episcopal en los años en que los congresos surgieron y se consolidaron como principal referente del laicado católico y del catolicismo social, como a mí me gusta también decir.

Es además también una gran satisfacción para mí que don Antonio protagonice este acto, porque tengo que decir que en los cinco años que llevo yo como director del congreso, siempre he encontrado en él desde el primer momento una escucha atenta y una ayuda inestimable. Así que a mí me satisface mucho personalmente que sea hoy don Antonio quien ocupe esa mesa para hablarnos sobre el 25 Congreso Católico y de Vida Pública y hacer este primer anuncio del congreso.

Quiero agradecer también, naturalmente, a su presentador, mi querido amigo Paco Serrano, don Francisco José Serrano Oceja, que además de catedrático de periodismo de esta universidad, pues es el afamado periodista religioso que todos conocemos, y que, con tanto criterio y tanta sabiduría, pues nos ilustra sobre los acontecimientos eclesiales. Me parece que también es la persona, por muchos motivos, más indicada para hacer esta presentación.

Perdonen si me he demorado demasiado, porque normalmente estas cosas se supone que tienen que ser muy breves, pero es verdad que la ocasión lo requería.

Muchas gracias, y les dejo ahora con el presentador y después con don Antonio.

Gracias.



Presentador

FRANCISCO JOSÉ SERRANO OCEJA¹

Catedrático de Periodismo de la
Universidad CEU San Pablo.

En primer lugar, señor presidente, señora rectora, dignísimas autoridades, quiero agradecer la invitación y la oportunidad que me conceden de presentar a don Antonio, tarea que tengo que advertirles, entenderán que no es fácil.

Nunca es más verdad aquello de que en un auditorio como este, el conferenciante no necesita presentación. Si yo preguntara en este momento, como si estuviéramos en una clase, pues dónde nació don Antonio, inmediatamente, todas las manos se levantarían y diríamos que nació en Villalba. ¿Dónde estudió don Antonio? Inmediatamente todas las manos en el auditorio se levantarían y entonces haríamos un repaso de los lugares en los que estudió don Antonio. ¿Cuántos años ha sido arzobispo de Madrid? ¿Dónde estuvo antes como obispo de venir a Madrid? O sea, son preguntas que, lógicamente, todos, para las que todos tenemos respuesta.

Por lo tanto, yo me pregunté: ¿qué es lo que yo puedo contar esta mañana de don Antonio que no sea tan conocido? Pues lo referido a su vida íntima, a su vida privada. Pero también soy muy consciente de que, por razones lógicas, don Antonio es muy celoso de su vida privada. En este aspecto voy a referirme a dos cuestiones que me parecen fundamentales. Cuando uno ha tenido la oportunidad y la suerte en la vida de trabajar tantos años con don Antonio, en la época en la que el arzobispo de Madrid, que coincidía con la de la Presidencia de la Conferencia Episcopal Española, uno se fijaba en la palabra pública de don Antonio, una palabra pública siempre certera, siempre clara, que ofrecía una respuesta a la circunstancia histórica, el momento histórico, a las demandas del presente. Pero quizá no se fijaba tanto. Yo al menos tengo que confesar que no me fijaba tanto en otros aspectos que estaban detrás de don Antonio y que fundamentaban su actuación pública. Por ejemplo, el de su vida espiritual, el de su oración.

¹ Transcrito por audición.

Tengo que confesar que, en estos últimos años, si algo me impacta de la vida de don Antonio, y quizá esto es una dimensión no pública, pero que es real, es su vida de oración, su constante vida de oración, su permanente vida de oración.

Les puedo asegurar que, en llamadas, sean a media mañana, a media tarde, a media noche, incluso de noche avanzada, son constantes las referencias de don Antonio a cuando estaba en la capilla, me ha sacado de la capilla. “Me voy a la capilla”, “la mañana que me he pasado en la capilla”. Yo creo que esto lo tenemos que agradecer. Esto que forma parte de la vida del cardenal Rouco Varela, está relacionado con una cuestión que a mí me parece fundamental y que es la principal de las que yo quería poner esta mañana entre todos ustedes encima de esta mesa, que es la profunda paternidad espiritual del cardenal Rouco Varela.

Esta paternidad espiritual es una exigencia del Concilio Vaticano II para los obispos. Don Antonio es un obispo del Concilio Vaticano II. Quizás nos olvidamos con demasiada frecuencia de esta cuestión. El Concilio Vaticano II, en el documento dedicado a los obispos, *Christus Dominus* en el 16, dice lo siguiente: “En el ejercicio de su ministerio de padre y pastor, compórtense los obispos en medio de los suyos como los que sirven, pastores buenos que conocen a sus ovejas y son conocidos por ellas, verdaderos padres que se distinguen por el espíritu de amor y preocupación para con todos y a cuya autoridad confiada por Dios, todos se someten gustosamente”. Hasta aquí la cita.

Don Antonio ha dejado de ser obispo auxiliar de Santiago de Compostela, arzobispo de Santiago de Compostela, arzobispo de Madrid. Pero lo que no ha dejado de ser don Antonio es un padre para todos aquellos que han tenido la oportunidad de conocerle, y no solo para todos aquellos que han tenido la oportunidad de conocerle. Quizá, don Antonio no ha dejado de ser un padre. Porque lo que don Antonio ha sido siempre, además de cardenal de la Iglesia católica, además de arzobispo de la capital de España, es un sacerdote. Es un sacerdote que tiene en este caso la peculiaridad de que es un sacerdote que en gran medida ha dedicado su vida a la universidad, a la cátedra universitaria. Por lo tanto, al pensamiento, al ejercicio de la razón.

Don Antonio es un padre, porque es un sacerdote, probablemente, como lo fue su maestro. Entonces, cuando estaba pensando esto, me acordé de una conferencia que don Antonio pronunció en el año 2012 en el mitin de Rímíni, donde hizo referencia a su maestro Klaus. Decía literalmente don Antonio: “Maestro de una renovada forma de comprender

la dimensión jurídica de la Iglesia, atrayente en cierta medida, fascinante, intelectual y sacerdotalmente”. Él mismo se mostraba como un sacerdote fiel a la Iglesia católica. Sí, dice don Antonio en el texto: “Era un buen sacerdote. La novedad de sus ideas sobre la naturaleza y el fin del derecho canónico existía, valorada desde su trasfondo científico y eclesial en algo, en definitiva, tan elemental en y para la conciencia católica de la Iglesia como era la de afirmar y hacer ver que ella, en la totalidad de su ser, visible e invisible, había sido instituida por el señor y que pertenecía, por tanto, al orden de las realidades salvíficas, accesibles en su raíz y esencia solo al conocimiento de la fe. El *Ordo Ecclesiae* no era separable del Evangelio”.

Una idea más y última, porque ustedes han venido a escuchar a don Antonio y no a escucharme a mí. Don Antonio es miembro de una generación de obispos que se nos está yendo.

Una generación que no existe, que ya no existe, una generación que no volveremos a ver. Yo soy partidario de la hermenéutica de la continuidad y no de la hermenéutica de la ruptura. Incluso, como historiador de la Iglesia o ensayista de la historia de la Iglesia, yo creo que, frente a las tentaciones, hay dos tentaciones: adanismo y edadismo, como se dice ahora. Nosotros hemos recibido de don Antonio y de esa generación de obispos de la Iglesia, un legado. Un legado en la continuidad de la tradición.

Yo lo único que pido al señor desde la hermenéutica de la continuidad y no desde la hermenéutica de la ruptura, es ser digno. Que seamos institucional y personalmente dignos herederos de esa tradición, de ese legado, de esa forma de ser cristianos, en una sociedad, de ser católicos en la vida pública.

Muchas gracias.



Invitado

MONSEÑOR ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA¹

Cardenal arzobispo emérito de Madrid.

Muchas gracias, Paco o don Francisco, pero no le hagan caso con respecto a esa historia espiritual de un servidor.

Yo le agradezco que haya hecho alusión a Klauss. Yo no pensaba hablar de Klauss. Klauss era un alemán bajito, porque hay alemanes bajitos. Yo era más alto que él y no era ningún gigante. Recuerdo muy bien en los años finales de los 60, cuando empieza también en la Iglesia a darse la fiebre sinodal. Porque la fiebre sinodal no es de hoy. Ya hubo una fiebre sinodal al terminar el concilio, que tuvo su expresión más llamativa y más preocupante en el sínodo de los obispos holandeses o el sínodo holandés, con su catecismo holandés. Recuerdo que un día, en un seminario con él, en la Universidad de Múnich, en la que participábamos profesores asistentes, doctores, él se enfadó y dice: “Que me dejen ser papa a mí, en 48 horas y esto lo arreglo yo”. Naturalmente, no fue papa a ninguna hora y no pudo arreglarlo, y también era un personaje que cuando le quisimos llevar a un Congreso internacional de derecho canónico, en Friburgo, en la Universidad Católica de Friburgo, en Suiza, el año 81, él no quería venir. Entonces los alumnos le presionaban: “Pero, por favor, venga”. Ya era mayor, y dice: “¿Me garantizáis que pueda celebrar la misa todos los días?”. Hombre, entonces la cosa no era tan normal. “Porque yo no he dejado de celebrar la santa misa ni un solo día en mi vida”, y un alumno del que acaba de fallecer, por cierto, gran amigo, y le dijo: “Pero siempre contra la pared, ¿verdad?”. No, se enfadó, se enfadó contra la pared. Entonces damos con el debate si el altar se ponía de cara al pueblo o se ponía mirando al oriente, etcétera. Ese era y yo le agradezco mucho que haya hecho memoria de él. Saludo a todos los amigos que han tenido la generosidad, pero que no les cueste, que la dosis de paciencia no tenga que ser muy grande para escucharme a mí en los minutos que sigan y a los demás asistentes de este acto de apertura o de presentación de la edición vigésimo quinta del Congreso Católicos y Vida Pública.

¹ Transcrito por audición.

Yo recuerdo bien cuando comenzó la historia de los congresos. También, permítame recordar a Alfonso Coronel de Palma, que fue con el que hablábamos entonces con mucha frecuencia. Está también aquí Carla Díaz de Rivera, etcétera, para poner en marcha lo que pronto y enseguida se tradujo en la iniciativa de Congresos de Católicos para la Vida Pública.

Yo creo que es oportuno hablarles del origen, del momento inicial de esta iniciativa de católicos laicos españoles, tan unidos a una asociación católica nacida para estar en la vida pública, como ha sido la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, así se llamaba hasta hace poco tiempo. Pues el recordar el para qué, para qué nació y por qué nació. Esas dos categorías de pensamiento, la causalidad final y la causalidad eficiente, que los escolásticos la jugaban muy bien, la relación mutua, entre ellos decían: “La causalidad final es la primera en la intención y la última en la ejecución, y la causalidad eficiente es la primera en la ejecución y la última en la intención”. Pues bien, la intención a la hora de darle vida a los congresos de católicos para la vida pública tenía que ver con la situación histórica en la que estaba viviendo la Iglesia y la sociedad en España en sus años finales, de los años 90, finales del segundo milenio, aurora del tercer milenio. Tenía que ver también de quién lo podía hacer o cómo se podía hacer y cómo se debía hacer. Era evidente que la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, desde el punto de vista de la historia del catolicismo español, era el cauce normal. Había nacido para eso, muy prematuramente, desde cierto punto de vista, porque la presencia de los católicos en la vida pública en la historia moderna de Europa, vamos a decir mejor contemporánea, pues tenía ya entonces cuando se funda la asociación, antes de la Primera Guerra Mundial, tenía ya unas décadas de prehistoria. Por ejemplo, en Alemania, en la Alemania de Bismarck, cuando los católicos se sentían muy apretados por el dominio de una cultura llamada liberal, protestante, un protestantismo muy light, muy poco trascendente. Pero que quería imponer una especie de ideología del Estado, en forma totalitaria a lo marxista o a lo nacionalsocialista más tarde, pero sí de una forma fuerte para, diríamos, para asentar los fundamentos básicos de aquella Alemania que, por primera vez en su historia, desde hacía siglo, se unía para ser una nación moderna, fuerte, como lo fue, naturalmente.

Los católicos entonces salen a la defensa de sus pastores, diríamos de la Iglesia, pero sobre todo de sus pastores, que estaban en la cárcel. En alemanes sí se sabe, pero en la cultura general europea no se sabe que Bismarck tuvo en la cárcel a 15 obispos católicos, y no unos meses, años.

¿Cuál es la respuesta de los católicos entonces? Los seculares, que podían hacerlo, porque el marco constitucional daba pie para un cierto pluralismo político. Pues fundar un partido político. El centro era un partido católico que tuvo después una historia bastante viva y altiva en los años de la República, entre el año 19 y el año 33, que se disolvió después de la toma del poder por Hitler.

En ese periodo de tiempo también, en Italia, otro, curiosamente, otro paisaje político y cultural europeo, donde nace también un partido católico en torno al sacerdote. En cambio, en Alemania fue en torno a seculares, exclusivamente en torno a seculares. Por eso, cuando nace la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, yo me figuro, dada la cultura tanto del padre Ayala como de don Ángel, pues conocían esas experiencias, y seguramente que el episcopado español también las conocía.

Si en el año 1978, ya consolidada la España de la Constitución del 78, había que tomar conciencia por parte de la Iglesia, y dentro de la Iglesia, de los seculares católicos, los conscientes de su vocación, a la hora de vivir su ser cristiano del mundo. ¿Quién podía hacer el cauce mejor en Madrid, incluso en toda España, para llevar adelante una nueva propuesta de católicos en la vida pública? La Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Así nacen los congresos.

Como siempre estuvo de moda trabajar con las etimologías, ahora, con la sinodal, caminar juntos, congreso, congreso. Congreso es dar pasos, y con hacerlo juntos. Bueno, fórmula para dar vida a esa necesidad, la que necesita una respuesta desde el punto de vista de la vida interna de la Iglesia y de la vida social y política de España, pues congregarnos para avanzar. ¿Cómo se comienza desde el punto de vista de la psicología básica de las personas a avanzar? Bueno, primero, teniendo claro lo que es verdad o buscando la verdad. Desde ahí, pues ponerse en camino para que la verdad se haga vida. Ahora recuerdo el título tan hermoso de la encíclica de Benedicto XVI, última encíclica, publicó tres. “No hay caridad sin verdad”. El que diga que puede hacer caridad sin verdad, o no sabe lo que dice o miente.

Muy bien, en la necesidad histórica del nacimiento de esta iniciativa que cumple ahora 25 años, afectaba a España, sobre todo, pero a una España no aislada, ya una España que estaba dentro de la Unión Europea y que siempre tuvo vocación desde la pérdida, o como se quiera llamar históricamente el hecho de calificarlo, la España del otro lado del Atlántico. Julián Marías siempre decía que España dejó de serlo de verdad

y plenamente cuando la España del otro lado del Atlántico ya dejó de ser España.

Pero en la realidad de la vida, tanto en la vida social, en general, la política en particular, y no digamos la de la Iglesia, pues la relación con los países de Hispanoamérica ha sido siempre intensísima. Bueno, pues en esa España del año 98, con sus relaciones europeas hondas, Europa tampoco se entiende sin España, además, desde el principio. Yo recuerdo a don Eugenio Romero Pose, que algunos recordarán, un gran especialista en la historia de la Iglesia primera de España, sobre todo en su parte de la antigua Lusitania o del monaquismo de los siglos III, IV y V, ponía siempre de manifiesto, como ya entonces, antes de Carlomagno, a través de Santiago de Compostela, la relación con las fuentes vivas de la iglesia de la España monástica de entonces, de aquel noroeste español. Influyó decisivamente en los proyectos de Carlomagno a la hora de refundar el viejo imperio, el Imperio Romano y convertirlo en lo que fue después, siglos más tarde, el sacro imperio romano de la nación germánica. Eso ya no estaba previsto entonces, en los años primeros de la gran aventura europea.

Pues, bien, Europa no se entiende sin España y España no se entiende sin Europa. Pocos países, creo yo, hay en la geografía espiritual, cultural y política del mundo en este momento que haya sido tan universal y tan decisivamente universal como ha sido España.

Bueno, en esa España de finales de los años 90, ¿cómo nos encontrábamos? Bueno, antes de entrar en la reflexión histórica, yo quería hacer dos apuntes. Primero, lo que significa ser católico. Yo creo que es importante decirlo. Ser católico, vivir, ser cristiano y vivir su fe cristiana y su vida cristiana en la comunión de la Iglesia católica. Pero ya eso de ser cristiano ya ha sido una gran cuestión que ha preocupado y ocupado el pensamiento teológico, por lo menos el teológico de la primera mitad del siglo XX, muy intensamente. El fenómeno del modernismo de comienzos del siglo XX, que llevaba en su entraña, la Iglesia tiene que adaptarse, tiene que hacerse actual. Entonces, en el arranque del siglo XX tiene que hacerse moderna. Si no se hace moderna la Iglesia, pues no cuenta, no responderá a lo que tiene que ser. La contestación de la Iglesia misma, a través del Magisterio Pontificio, sobre todo de algunas de las grandes figuras teológicas del momento, es decir, que es el cristiano en la Iglesia católica.

Yo les voy a leer un texto que es interesantísimo, dos textos. Uno de Romano Guardini y otro de Benedito XVI. Decía Romano Guardini el año

1938, en pleno auge y triunfo del nacionalsocialismo, cuando a él ya lo habían echado de la Universidad de Berlín, que había sido profesor muy joven de teología católica en la universidad superprotestante de Berlín, la Humboldt, los años, a partir del final de la Primera Guerra Mundial. Escribe un libro sobre el ser del cristianismo. Dice: “No hay ninguna determinación abstracta de ese ser de lo cristiano. No hay ninguna doctrina, ningún sistema básico de valores morales, ninguna posición religiosa, ninguna ordenación de la vida, y que, separadas de la persona de Cristo, pueda luego decirse de ellas que sean lo cristiano. Lo cristiano es él mismo, aquello que por él llega al hombre y la relación que por él el hombre tiene con Dios”.

Muchos años más tarde, en Benedito XVI, arranca la encíclica diciendo lo siguiente: “Hemos creído en el amor de Dios. Así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y con ello una orientación decisiva, Cristo”. Bueno, ser católico es ser de Cristo, y ser de Cristo, en la Iglesia no se puede ser de Cristo abstractamente, como aquel lema que se hizo muy famoso en los años 80. “Cristo sí, la Iglesia no”. Es imposible separarlos, porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo.

También es interesante hacer una breve memoria de lo que podríamos llamar la evolución en la concepción de la Iglesia, que tiene lugar a partir del siglo XIX, y que termina y concluye hasta ahora de una manera definitiva en la constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II. Diríamos la renovación eclesiológica de la Iglesia también, que comienza en el siglo XIX, y comienza muy románticamente, también comienza en Alemania. Todo hay que decirlo. Comienza con un teólogo muy joven. Se llama Johann Adam Möhler, en el año 1830 y tantos él formaba parte de lo que se conoce como la Escuela Teológica. Escribió un libro sobre la Iglesia y la unidad de la Iglesia. Muy pneumatológico, muy espiritual, es criticado enseguida, y él escribe un segundo libro que se llama Simbólica, donde supera, diremos, ese espiritualismo a la hora de concebir la Iglesia, muy en línea o muy tentado por la idea de Lutero. La iglesia para Lutero, la iglesia verdadera es una iglesia invisible, la espiritual, la iglesia visible es un producto humano que los hombres han fabricado y, naturalmente terminó enseguida en manos del Estado. O sea, la organización jurídica del protestantismo europeo en todas sus fórmulas, que todavía llegan hasta hoy a Inglaterra y en los países

escandinavos, suele ser un departamento del Estado. Es una diferencia con la condición islámica de la relación Iglesia y Estado. Hombre, la hay, pero una cierta semejanza existe entre una cosa y otra.

Decían Adam Möhler: “Así, pues, la iglesia visible es el hijo de Dios, manifestándose continuamente entre los hombres en forma humana, renovándose constantemente y eternamente rejuveneciéndose. Es la permanente encarnación del hijo de Dios mismo. Como también los creyentes son llamados en la sagrada escritura el cuerpo de Cristo”. Todo eso escribía el año 1837.

El Concilio Vaticano II dirá en otro texto ya histórico, que la Iglesia es en Cristo la unión, el vínculo o sacramento, nada menos, de la unión de los hombres, que un dios y de los hombres entre sí.

Es decir, la Iglesia visible es como un sacramento de la presencia de Cristo en el mundo, y en una comunidad de creyentes que, a través de una acción bautismal, de una acción sacramental, que es el bautismo, entran en él, en él mismo, formando parte de su cuerpo, como miembros, de los cuales él es la cabeza, no solo invisible, sino todo invisible. Los sacramentos son la visibilidad de Cristo en la Iglesia, indiscutible.

Se puede decir, Nietzsche dice, se dice en el Evangelio: “Cuando hagáis una obra de caridad con mis hermanos lo estáis haciendo conmigo mismo”. Pero puede ser interpretable. Lo que no es interpretable es la presencia de Cristo en la vida sacramental de la Iglesia, en su palabra.

Bueno, pues ser católico es estar dentro de esa comunidad, de los que pertenecen a Cristo son miembros del cuerpo de Cristo y quieren que Cristo sea para todos los hijos de los hombres el camino de la salvación. Lo que decía del Evangelio de San Juan, “yo soy el camino, yo soy la verdad y yo soy la vida”. Claro, a partir de ahí, hablar de cómo se es en el mundo cristiano, cómo un cristiano que no pertenece a esa fórmula de ser cristiano, mejor dicho, de vivir lo cristiano, que es la consagración sacramental, por el sacramento del orden, o la fórmula de vivir la vida de una forma que sea casi imitación literal de la vida de Cristo, en castidad, pobreza y obediencia, pues siempre fue un reto para toda la Iglesia y para los que vivían y eran miembros de ella. Ese reto se hace especialmente grave, en verdad hacían siempre con el poder político. Esa fórmula o ese modo de vivir esa cuestión en la modernidad, cuando en la ilustración hacía una especie de gran giro, un giro intelectual y un giro de vida, dejando a Dios atrás, incluso, desarrollando una teoría del derecho y del Estado, como si Dios no existiese. Además, elaborada por católicos, pero su teoría del Estado y del derecho se basaba en el supuesto de que podía haber un orden político y un orden social sin tener en cuenta a Dios.

Bueno, en una sociedad así, con una comunidad, una organización de lo político que arranca de la Revolución Francesa, de una forma bastante hostil con respecto a la Iglesia, a la Iglesia católica, sobre todo, pues claro, el reto del católico, del cristiano católico que vive en esa sociedad y en ese mundo es enorme. ¿Qué hago? ¿Cómo vivo? ¿Cómo vivo yo siendo miembro del cuerpo de Cristo y con una perspectiva de la vida que va más allá de la muerte, que va más allá de la historia? La de espiritualidad del siglo XVI, sobre todo la marcada por la Compañía de Jesús, después de Trento. Eso tenía una fórmula, la fórmula del título de la primera meditación del libro de los ejercicios. “¿Para qué has nacido? Para dar gloria a Dios y salvar tu alma”. Hombre, afirmar esta tesis como fundamental para entender la vida en una sociedad liberal, laica y laicista del siglo XIX, incluso, hoy, oiga, usted. El fin de la historia es ese, el fin de la historia, de la mía personal es ese. El fin de la historia de la humanidad y de una sociedad y una comunidad política es esa. Nos desborda y nos supera claramente.

Por otro lado, en la concepción de la Iglesia, en su relación con el mundo, nunca se dijo, empezando por el Señor, dice: “Dad al César lo que es del César y dar a Dios lo que es de Dios”. El principio de separación entre Iglesia y Estado, diríamos, bien entendida la separación, ajustado a la hora de entender la relación de vivir en el mundo, vivir como ciudadano de este mundo y al mismo tiempo vivir como ciudadano del cielo, valga la expresión y valga la tensión entre estos dos conceptos.

Entonces llega el momento del Estado liberal, de la concepción liberal del Estado, de forma muy laicista, es lo que domina todo el panorama, creo yo, de la historia política de las relaciones Iglesia y Estado, Iglesia y cristianismo, Iglesia, cristianismo y Estado y sociedad y cultura, prácticamente, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

El final de la Segunda Guerra Mundial es, o la guerra mundial por sí, y los años 30 del siglo pasado, son momentos de la historia de unas características que solo pueden expresarse con la palabra encrucijada, una de las encrucijadas más dramáticas que conoce la historia del cristianismo desde sus comienzos.

Yo no sé las culturas anteriores, pero el momento histórico de más fracaso de la humanidad son los años 1939, 1945. Eso tuvo sus antecedentes y su explicación. Una de ellas puede ser la más más expuesta, la más popular y la políticamente todavía más activa, una mala organización del sistema económico. Una economía que rompe la sociedad en clases. Una sociedad en clases que, para salir de ella, pues se buscan fórmulas totalitarias. La primera y la más exitosa, la del marxismo-leninismo del triunfo

del año 17. Luego otra, la del nacionalsocialismo del año 33, el choque tremendo. ¿Qué hacen las teorías políticas o las condiciones políticas liberales heredadas del siglo XIX ante este desastre? Evidentemente, eran insuficientes. Lo fueron históricamente. Entonces, aquellos años lo fueron insuficientemente, los años de la guerra, las potencias aliadas, que eran liberales, Estados Unidos de América, Inglaterra, Francia hizo lo que pudo, más bien pudo poco, eran ellas capaces con su teoría política y con su forma de vivir, de frenar los totalitarismos tan terribles que se dieron en ese tiempo. En ese tiempo, durante la guerra y después de la guerra, evidentemente, no.

Había que buscar nuevas fórmulas. Una fórmula que se busca y que sale y que nace, todavía vivimos de ella, a través de la categoría Estado libre, social y democrático de derecho, es la que se pone, se estrena terminada la guerra. Se estrena en la recién creada República Federal de Alemania.

La influencia de la doctrina social de la Iglesia en esa fórmula es, creo yo, aunque no se diga, aunque quizá haya que estudiarlo más, fue decisiva. La doctrina social de la Iglesia estaba en un momento, diríamos, de gran plenitud, probablemente, por las necesidades existenciales elementales de los que las estaban viviendo aquella hora, en aquellos lugares de Europa. Hay un par de jesuitas alemanes que son decisivos a la hora de la elaboración de esta teoría. Bueno, y, por supuesto, en Gerhard, era el famoso primer ministro de Economía de la República Federal de Alemania, con su fórmula: “Economía de mercado sí, pero economía social de mercado”. Era una expresión inédita. Una expresión que, inédita en el día a día en decir de lo que estaba ocurriendo entonces en Europa. Estado libre sí, pero de derecho. O sea, la libertad de ese Estado tiene sus límites, tiene que tener sus límites.

Por lo tanto, ¿cómo se organiza jurídicamente y sobre qué bases jurídicas se organiza el Estado, este Estado libre, social y democrático de derecho? Sobre la base del reconocimiento de la dignidad de la persona humana como primer principio básico del orden jurídico, sobre la base de sus derechos fundamentales, sobre la base de la categoría bien común, ¿y cómo se concibe qué es el bien común? Los debates sobre lo que es el bien común todavía no han terminado. No sé cuándo terminarán, probablemente, nunca.

Se pone en marcha otra Europa, otro tiempo, otra historia de la humanidad y otra historia del Estado y de la comunidad política. Es una historia que tiene dos momentos claves en la segunda mitad del siglo XX. La revolución del 68, las universidades puestas en pie y a los que

éramos entonces jóvenes, profesores, pues nos hicieron la vida muy difícil.

Hay dos focos clásicos que se desconocen, la Sorbona, el prohibido prohibir de los estudiantes de París, la Universidad de Berkeley, en California, y luego todas, aunque hubo una especie de contrapartida a esa fórmula anarquista, liberaloide, entusiasmado con Mao Tse-Tung, el catecismo rojo de Mao Tse-Tung en las manos. Ustedes, a lo mejor eran ustedes estudiantes. No creo que llevase ninguno el catecismo. O del pesimismo existencial de Sartre, de franceses, la vida triste, Bonjour Tristesse, buenos días, tristeza, y etcétera.

El optimismo inicial de la primera posguerra, sobre todo, a partir de lo que se llamó el milagro económico alemán y el éxito de la fórmula Estado libre, social y democrático de derecho, 20 años después de terminada la guerra, poco más, se frena.

Por otro lado, el bloque comunista seguía vigoroso, fuerte, el año 61 se había erigido, se había rodeado el Berlín occidental del muro famoso. Bueno, el telón de acero venía partiendo a Europa. Desde el año 48 ese mundo estaba cerradísimo, la Guerra Fría era una realidad viviente, pero que también se reveló en el año 68. Era el famoso Mayo de Praga. La invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, en agosto de ese mismo año. Luego, en enero del 69, la autoinmolación de Pale, el famoso estudiante checo que se prendió fuego y ardió en la plaza central de la capital de Checoslovaquia de entonces, Praga. Eso es un freno enorme al optimismo, que es esta que se estaba viviendo la primera posguerra.

Luego, el otro momento decisivo de esa historia que rodea el 98 y el nacimiento de los congresos católicos para la vida pública, es la caída del muro de Berlín. El día 9 de noviembre del año 1969, el muro de Berlín, casi milagrosamente cae. Milagrosamente hasta cierto punto, hay factores políticos que lo explican, pero sobre todo explican factores internos que tienen que ver con la Iglesia, con los católicos y con la vida cristiana, entonces, que estábamos viviendo en aquellos tiempos en Europa. El Vaticano II había sido un acontecimiento de extraordinaria importancia y la aplicación del Concilio había sido, en primer lugar, y en las primeras décadas, la primera década, sobre todo, bastante, también anárquica. Era como una especie de transmisión mutua de virus, de virus disolventes. Disolventes de la comunidad política, disolventes de la sociedad, y disolventes, hasta no podía ser de la Iglesia.

Hombre, la Iglesia tiene una seguridad que no tiene la comunidad política, en ningún Estado todos pueden desaparecer. Esperemos que España no lo haga, dicho entre nosotros ahora. Pero la Iglesia no desaparecerá nunca hasta que el Señor vuelva.

Bueno, esa seguridad la tiene la Iglesia, pero eso no quiere decir que no puede vivir momentos de confusión, momentos de debilidad. Uno de ellos era, efectivamente, lo que vivimos entonces en los años 70 y 80.

Pero estos dos acontecimientos que marcan esa crisis del Estado social y democrático de derecho ponen también cuestión lo que había ido creciendo como conciencia del seglar católico a la hora de vivir su vocación cristiana en la vida pública. ¿Qué hace el católico? ¿Se organizan partidos políticos como el centro alemán? Se quiso hacer en Alemania. Pues bien, no es fórmula, aunque tampoco es fórmula el organizar un partido para entrar en la fórmula auténticamente democrática, además, con el apoyo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos del año 48, sin ninguna visión del hombre, del mundo, de la sociedad. No puede ser un instrumento puramente pragmático para alcanzar el poder de la forma que sea, sino que tiene que ser un programa de fondo, donde la visión del hombre y de la vida sea claramente cristiana, pero no una organización de la Iglesia católica, no una organización definida y casi exclusivamente determinada por la pertenencia clara, activa del católico en la vida, en el hábito social.

Entonces, ¿fórmula de partido político para entrar en ese mundo? Hombre, no la de los partidos católicos del primer tercio del siglo XX, pero sí fórmulas en que los católicos estén presentes. Presentes de tal modo que el programa político con el que intervengan en la vida política responda una clara concepción de lo que es el hombre, de lo que es la sociedad, de lo que es el Estado y de lo que es el final. El término último de la vida.

Es decir, los políticos tienen que salvar su alma también. Todos tenemos que salvar el alma. Prescindir de esa categoría a la hora de formular programas políticos, pues siempre terminaremos con expresiones alicortas y de poca sustancia y de poco futuro histórico.

Otra fórmula que había que tener en cuenta y ponerla en marcha, pues era entrar a fondo en la vida de la sociedad, a través, sobre todo, de las organizaciones que tienen que ver con la economía, los empresarios, sus sindicatos. Bueno, y las múltiples formas, sobre todo, de organización de la vida social, y luego entrar muy a fondo en la vida universitaria, en la vida de los universitarios.

Las revoluciones nunca han empezado, nunca han continuado y nunca se han consolidado sin ideas. Ninguna renovación, ni social, ni

política, ni menor, y, sobre todo, de la Iglesia, se han logrado sin ideas, sin las ideas que se corresponden con la verdad.

Por lo tanto, católicos en la vida pública en esta segunda mitad del siglo XX, católicos dispuestos a vivir la verdad en su vida diaria, seculares, desde la familia, pasando por las realidades de la vida social intermedia, llegando a la participación en la vida política y, por supuesto, en la universidad.

Este objetivo, a pesar de las crisis de la segunda mitad del siglo XX, hombre, a la crisis no podíamos llamarle crisis, la caída del muro de Berlín en el año 89 no fue una crisis, fue una resurrección, diríamos, una pascua. Presentaban elementos y aspectos que animaban a reemprender el camino de la vida de los católicos en la vida pública de una forma auténtica, sustancialmente auténtica y vitalmente acertada. Lo favorecían varios factores, tanto externos a la Iglesia, internos a la vida de la sociedad y del Estado y de la comunidad internacional. Lo de la Iglesia, el pontificado de Juan Pablo II, siempre digo que fue un milagro. En el año 1978, cuando es elegido papa en el mes de octubre, Juan Pablo II, nos dicen, yo era obispo, yo llevaba dos años. Yo soy un obispo nombrado por Pablo IV. Por cierto, cuando me presentaron a él y me ordenan, el día 31 cumplí 47 años de obispo en la catedral de Santiago de Compostela. En el mes de febrero del año siguiente tuve la ocasión de ir acompañando a los obispos de Galicia, en concreto, de mi arzobispo, don Jesús Guía. Un gran vasco y un gran español y un gran arzobispo. Me pasan al despacho, a la sala, a la salita donde estaba Juan Pablo IV, me coge la mano y me dijo: “Qué obispo tan joven”. Añade: “Para llevar la cruz”. Bueno, decir: “Hombre, tampoco hay que empezar tan así”. Pero es una anécdota que refleja bien lo que él vivía, cómo estaba viviendo el momento de la vida en la Iglesia y cómo la estamos viendo todos. Pablo IV era de una personalidad excepcional, por muchas razones, el santo, no. Pero sufrió mucho. Toda la anarquía posconciliar fue para él un martirio.

Es elegido Juan Pablo II, un papa polaco. O sea, no un italiano. Nadie pensaba que se podía elegir un papa que no fuese italiano. Por cierto, nunca nos fueron tan malos los papas italianos. Todo hay que reconocerlo. O sea, hay que darles, concederles una especie de, por lo menos ser agradecidos con la historia de los papas italianos, que fue espléndida durante el siglo XIX y el siglo XX. Fue una sorpresa increíble.

Segundo, la fórmula cómo actúa él en la vida de la Iglesia, de una forma misionera, de una forma abierta, enormemente abierta. Si

al rector y al vicerrector de la Universidad Pontificia de Salamanca, el año 73, el padre Fernando Sebastián, el que les habla, nos dicen que el papa quiere venir a la Pontificia, diremos que, por favor, que no venga, porque sabéis lo que puede pasar. Pues el año 81, el papa llena la plaza de San Pedro, de jóvenes de todo el mundo. Pero ¿cómo se explica? ¿Cómo explica que reúnan miles y millones de personas de las familias a lo largo y a lo ancho de toda Europa?

Hay una especie de tomar y de retomar la gran luz del Concilio Vaticano II, como la luz para la Iglesia y para el mundo en aquel momento. Hay una especie de renacimiento del entusiasmo apostólico, del entusiasmo espiritual, del entusiasmo, del compromiso también con las realidades de este mundo. Luego se cae el muro de Berlín. ¿Qué más queremos para meternos a fondo en el empeño de llevar a Cristo a la sociedad, a través del compromiso de los seglares?

Luego, en España, pues el Estado nacido de la transición política de la Constitución del 68, parecía consolidado. Había habido ya un cambio político. Había habido dos grandes cambios políticos. El primero del año 82, con la victoria electoral desbordante del Partido Socialista. Unos días antes de que Juan Pablo II hiciese su primera visita a España. Una visita que duró casi 10 días, que terminó en Santiago de Compostela con actos sobre Europa, con la famosa frase: “Europa, sé tú misma. Descubre tus raíces”, etcétera.

El ambiente era bueno, era bueno y como invitando, hay que entrar a fondo en el compromiso con la vida política. Hombre, tenemos el terrorismo de ETA encima, que no acabamos de salir de él. Yo recuerdo las medidas de seguridad que hubo que adoptar el año 82 en el viaje de Juan Pablo II a España y en las del año 89, la Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela. Yo recuerdo que el día que estuvo el papa en la casa del arzobispo, en la que vivía un servidor, entonces, pues yo le dejé la habitación mía para que el papa pasase la noche y yo me fui a una habitación de huéspedes. Llegamos del Monte del Gozo por la noche y voy a la habitación y hay un señor sentado en una silla al lado de mi puerta, y digo: “¿Usted quién es?”. Él dice: “Soy un policía”. O sea, que hasta esa preocupación por la seguridad que había, que te ponían al lado de la puerta de tu casa a un señor con una silla que decía que era un policía. Pues no era, claro, evidentemente.

Pero, en fin, en ese contexto complicado y complejo, diríamos el optimismo de la esperanza cristiana, pues estaba a flor de piel. Entonces,

nace Católicos para la Vida Pública. En esta casa, con el protagonismo decisivo de la sección católica, ya no nacional, sino la sección católica de propagandistas, y se pone en marcha una historia que ya lleva 25 años de vida, en la que la sensibilidad por la evolución de los problemas, tanto en la relación Iglesia-comunidad cristiana, nación-comunidad política-Estado, pues fue muy intensa. Si uno repasa los títulos de la temática que fue estudiada y reflexionada estos 25 años, pues se advierte primero que hay una cierta, una gran sintonía con las preocupaciones de fondo de la Iglesia en España y de la Iglesia en el mundo, en el pontificado de Juan Pablo II, de Benedicto XVI, también del papa Francisco. Bueno, lo que le ha es dar gracias a Dios por estos 25 años de Católicos para la Vida Pública, donde la problemática de fondo de todo este tiempo, que se agudiza cada vez más, relacionada con la condición del hombre, la antropología de verdad, las consecuencias de una antropología en que el hombre no es, como decía Benedicto XVI, en el famoso discurso en el Parlamento alemán, el Bundestag, en septiembre del año 2011: No es una libertad que se hace a sí misma. El hombre no se hace a sí mismo.

El hombre no es solo espíritu y voluntad, sino que también es naturaleza, la que tiene que respetar, no solo la inmaterial, sino la suya, la suya, la más íntima, la suya. Lo tiene que hacer exquisitamente, porque si no, no hay libertad. Cuando el hombre se destruye a sí mismo o quiere o se crea a sí mismo, piensa él que puede crearse a sí mismo, pues el resultado es que se acaba la libertad.

Bueno, toda esa antropología que ha afectado profundamente a la vida de las personas, el presente, y quizá también el futuro de Europa, pues estuvo muy detrás, por lo que yo he podido observar y seguir, de las 25 ediciones de católicos para la vida pública, y por parte también con respecto al magisterio de la Iglesia, lo mismo, la Iglesia en Europa, la famosa exhortación de Juan Pablo II, sobre la Europa del tercer milenio. Las grandes encíclicas, las tres grandes encíclicas de Benedicto XVI. La del papa Francisco, pues han sido siempre focos y puntos de atención que vienen del magisterio de la Iglesia que la asociación ha tenido en cuenta y los organizadores de los Católicos y otros congresos lo han tenido muy en cuenta.

También el magisterio de la Conferencia Episcopal Española y de los obispos españoles, que ha sido, yo creo que estuvo muy a punto de lo que pasaba. En los años 80 los obispos españoles aprobamos tres documentos de enorme importancia para entender cómo vivió la Iglesia ese momento, para entender cómo los seglares en la Iglesia

lo vivieron. El primero se llama Testigos del Dios Vivo. Fue aprobada el año 1985, tres años después de la visita de Juan Pablo II a España. Luego, en el año 1966 se aprobaron dos instrucciones, exhortaciones pastorales, también muy significativas. Constructores de la Paz, donde por primera vez el episcopado español aborda el problema del terrorismo, sin mencionar sus protagonistas. Pero en términos generales sí lo aborda.

Luego, Católicos en la Vida Pública. Luego, en el año 90, pues una encíclica, una pastoral que se adelanta a una de las grandes encíclicas de Juan Pablo II, que es: La verdad os hará libres, del año 1990. Tres años más tarde, Juan Pablo II publicaría la encíclica Veritatis splendor, “esplendor de la verdad”. Tienen que ver con la concepción de los fundamentos de la vida moral y de la vida en general.

Después, en los años 90, el episcopado español publica dos, aparte del año 90, otro documento muy importante, Moral y sociedad democrática, del año 1996. Luego, en el año 2002 se publica Valoración moral del terrorismo, de sus causas y sus consecuencias, donde entramos directamente en el análisis del fenómeno ETA y de esa relación con el nacionalismo. Hay una teoría sobre el nacionalismo que sigue vigente. Creo que había que recordarla, sobre todo en estos momentos.

Luego, en el año 2006, Valoración moral de la situación de España. De nuevo entramos en el estudio de los problemas que afectaban a la España de entonces. Documentos sobre la familia, etcétera.

Católicos para la Vida Pública estuvo siempre atento al magisterio de la Iglesia, tanto en el magisterio de la Iglesia universal como de los obispos españoles. Ha sido, yo creo, un cauce de luz para poder vivir a fondo la vocación de católico seglar en la Iglesia y en la sociedad de España, en este momento.

Con esto yo termino mis reflexiones.

Muchas gracias por su atención.